

## **Educación moral\***

El carácter indeleble de las primeras impresiones, demasiado bien confirmado por la constante experiencia de ver salir un cobarde aquel a quien con gritos y amenazas se le hacía poner término al justo desahogo de sus padecimientos en la cuna; un cruel aquel otro al cual se sonreía cuando maltrataba al pajarito que tenía entre manos en sus recreos infantiles; colérico y vengativo, por fin, a todo niño cuyas faltas inocentes se castigaban con impaciencia o rigor, debería bastar para convencernos de la necesidad de atender con mucho cuidado la educación moral de la juventud, desde su edad más tierna. Empero, a pesar de lecciones tan palpables y desengaños tan continuos, se oye todavía con bastante generalidad que los siete primeros años de la vida son de muy poca trascendencia moral. Sería una demencia el aspirar con raciocinio filosófico a conseguir lo que se niega a la evidencia; sin embargo no podemos menos que hacer esta reflexión. Según la opinión que ha prevalecido contra los principios innatos, la criatura humana se presenta al mundo sin inclinaciones de virtud ni al vicio, luego, todas las que vaya manifestando antes de la edad de la razón no pueden suponerse causales, sino el efecto de buenas o malas impresiones recibidas imperceptiblemente. Si nos convenciésemos de toda la importancia de esta verdad, las sensaciones más indiferentes que nos inspiran los niños se convertirían en el interés más vivo: ya no veríamos en ellos a los alumnos de la naturaleza, sino a los hijos de nuestra educación, y la obra predilecta de nuestras manos.

---

\* \* Roberto Galli, G., "Educación Moral", *El Iris. Periódico Crítico y Literario*, ed. facsimilar, t. II (México: UNAM, IIB, 1986), 60-62. *El Iris. Periódico Crítico y Literario*, t. II, núm. 21 (27 de mayo de 1826): 60-62.

Las tres diferencias características del hombre son el *saber*, el *querer* y el *obrar*. El mérito de la educación moral consiste en enlazarse de tal modo con la naturaleza, que al paso que ésta despierta por los conocimientos, excita la voluntad y promueve las acciones, aquella consolide los unos, dirija y perfeccione las otras. Para conseguir el intento es menester volvernó hacia el hombre, observarlo desde el momento en que nace y acompañarlo hasta el punto en que se le pueda abandonar, sin riesgo, a su propia razón. A pocos días de haber nacido, el niño empieza a ejercitar su vista sobre los objetos que lo rodean, y al cabo de algún tiempo llega a distinguirlos. Este débil rayo de saber despierta su voluntad, y ésta pone en movimiento su cuerpo para apoderarse de aquellos, A medida que crece, estas tres cualidades van tomando más fuerza y la educación debe también tomar más ascendiente. Limitada al principio a hacerle conocer la distancia que media entre los objetos que desea y enseñarle el nombre y el uso, el daño o provecho de algunos, se extiende después a darle el *por qué* y el *cómo* de todas las cosas que observa, y a sujetar sus inclinaciones a las leyes de su entendimiento. Éste es el resorte principal de las acciones del hombre; en éste deben concurrir, como en un centro, todos los esfuerzos de la educación; a éste debe el mortal el evitar los escollos de que está lleno el piélago de la vida, y el conocer en toda su plenitud los altos destinos para que ha sido creado. *Mens sana in corpore sano* era lo que pedían al cielo los sabios de la antigüedad, y el cielo no desdeña otorgarlo por medio de una buena educación física y moral.

No acabaremos este artículo sin decir que siendo desigual la educación de los dos sexos, esa misma educación no es propia para

ambos. La elasticidad que el hombre tiene en el espíritu, la mujer la tiene en el corazón, y mientras el uno sube a las causas con más penetración, la otra sondea los efectos con más sensibilidad. Téngase este principio por base en el sistema de educación, y no se tema no dar a cada sexo la que le corresponde.

-G.